

José Gurgier, a quien
no cordialmente y en honor
de la memoria de su hermano Juan

[Handwritten signature]
[Handwritten signature]

EDICIONES
DE AUTORES COSTARRICENSES



**BIBLIOTECA
UNIVERSIDAD DE COSTA RICA**

Obsequiado por: prof. Issac Felipe
Asofeifa

ROMULO TOVAR

DE ATENAS
Y DE
LA FILOSOFIA

(EXHORTACIONES A LOS JOVENES)



GARCIA MONGE Y Cía., Editores

SAN JOSE, COSTA RICA, C. A.

1920



CR 864.4

T 736d

X

Sistema de Bibliotecas - UCR



82215

82215 e.2
NOV. 28 1968

A unos obreros

Una noche se celebró una fiesta en la Escuela Normal de Costa Rica; un grupo de obreros dió una medalla de oro al jefe de los trabajos de albañilería: viejo español o de origen español, de aspecto bueno. Yo hablé esa noche, queriendo decirles más o menos esto:

ME complace estar con Uds. Yo conozco por experiencia la vida de los trabajadores. Mi padre es un carpintero y muchos días de mi infancia los pasé al lado de su banco, a veces ayudándole a rajar madera, a lijar piezas, a encolar puertas. Y también jugué con mis compañeros de edad sobre los montones de virutas del taller o sobre los montones de aserrín a que se reduce parte de la madera mordida por las grandes y feroces sierras. Si

en la vida de Uds. hay algo épico, creo que no me es desconocido. Y si no les es extraña la tragedia, creo que conozco algunas realmente dolorosas. No soy de Uds., pero he aprendido a amarlos, a comprenderlos y aun a admirarlos. También algunos son dignos de piedad. La vida que hacen, por lo común, no me gusta y casi podría decir que me repugna. Yo no me explico cómo se puede trabajar para satisfacer el gusto de los otros sin tener el orgullo del propio. Uds. hacen bellos muebles, caprichosas rejas de hierro, lindas casas, como para una novela romántica o para un cuento de amor, y muchos se conforman con vivir una vida oscura en cuartos oscuros donde germinan costumbres oscuras. Yo no entiendo esto. ¿Por qué dan Uds. toda el alma que llevan y nada se reservan para sí? Los conozco, sé que esto es cierto y por eso digo que me repugna, no porque los desprecie, sino porque me impacienta ver con qué indiferencia aceptan su destino, y cómo ni un esfuerzo ponen en redimirse heroicamente, a pesar de que se hacen ilusiones de sus poderes y de sus excelencias.

Nunca he querido por eso, hacer lo que

otros: adulación. ¿Para qué? En halagarles a Uds. ningún beneficio les viene, ni a mí tampoco. Más bien quisiera combatirlos y hacerlos sufrir más. El ideal del trabajador para mí es otro: tal vez Sócrates, el viejo y riente filósofo de Atenas que compraba sus olivas con el valor de una estatuilla trabajada con sus manos. Y así que se independizaba de sus necesidades, buscaba a los muchachos atenienses y combatía con ellos en el arte del discurso. Tal vez Bernardo Palissy, el cual se entregó al tormento de perfeccionar su trabajo; tal vez Leonardo de Vinci, el cual tenía el orgullo de ser hombre.

Amigos, no hay que sentarse en el peldaño más bajo de la escalera. Es mejor ponerse de pie en el peldaño superior, como la estatua de un dios. Soy sincero con Uds. y conmigo mismo: ¿por qué no pude ser un carpintero como Uds.? Me habría agradado serlo, pero en una forma que no me impusiera el sacrificio de las otras partes de mi alma. Y si me hubieran puesto a elegir, no sé cual habría sido mi suerte, pero yo siento ahora que no veo la vida por el hueco que hace una broca de un cuarto de pulgada, y que he conocido muchas

cosas de la tierra dignas de ennoblecer a un hombre.

Convengamos, caballeros, por otra parte, que vivimos nuestra vida en una forma incompleta: la vivimos por aspectos y no en su totalidad: yo no habría querido desconocer el *Paratso Perdido* de Milton, pero a más de esto, qué hermoso resultaría que fuera igualmente capaz de hacer una mesa de nogal, pulir un piñón de hierro o construir la bóveda de San Pedro en Roma: obrar, pensar, sentir y algo más. ¡Ambicioso! Quisiera tener en sus manos hasta los rayos de Júpiter. ¿Y por qué no? ¡Somos hombres, somos el hombre!

Toda vida de hombre debe fundirse en un gran deseo de belleza pura y perfecta: hacer con el mismo ritmo el libro que inmortaliza nuestro pensamiento, la estatua de mármol que dignifica nuestro genio, la armonía musical que nos acerca a Dios, la experiencia científica que nos revela el misterio y nuestra posición sobre la tierra y con igual interno impulso fabricarle un templo a Apolo, su palacio al príncipe y la cabaña al labrador.

Debe satisfacernos a todos la presencia de Uds. aquí y el verlos ejercitándose en una

forma de justicia que es acaso la mejor: compensatoria de la virtud. La escuela debe entender sus propios oficios de otra manera: la cultura del hombre hay que revisarla, porque conviene saber si un mundo nuevo se contenta con un tipo de hombre formado en sistemas antiguos y con aspiraciones de otra época. El mundo se ha despertado sino del todo, por lo menos un poco mejor de como estaba hace un siglo o diez siglos. Tal vez como un muchacho que va viendo mejor las cosas y sus asombros son siempre distintos, hasta alcanzar una completa indiferencia de lo pasado. Una escuela que enseña al individuo a leer, a contar y a escribir, ¿para qué nos sirve? y una escuela que instruye sólo para las profesiones, ¿para qué nos sirve? Queremos una escuela que nos dé hombres aptos, no apenas para ganarse el pan con dolencia y sudor, sino para lo épico, para lo heroico. El hombre no vive pegado a la tierra solamente por la planta de los pies, vive en el grande océano del mundo, sumergido en el grande océano del mundo.

Obreros. Sí, pero obreros de nuestro propio vivir: ino de las manos, con exclusión del intelecto, no del intelecto con exclusión de las

manos! El símbolo antiguo es preferible: los semidioses que construían las paredes de las ciudades sagradas, con los acentos del harpa pulsada por sus manos. Uds. creerán que los deprimó, me parece que los estoy invitando a la contemplación de otras cosas: a la contemplación de la belleza de éstas y de su eficacia; a la comprensión de Uds. mismos. El título que poseen es excelente, pero, ¿para qué vanagloriarse de él simplemente porque se puede hacer una pared o un par de zapatos o un camino o una iglesia? Acaso todo esto es externo y si tiene algo de luz singular, esa luz no penetra hacia las profundidades internas de nuestra vida: es necesario que lo que hacemos nos ilumine, pero aún más: es necesario que nosotros iluminemos desde dentro lo que hacemos en el mundo externo, a fin de que haya una relación de origen y de solidaridad entre nuestras obras, grandes o humildes, y nuestra alma, la cual es algo formidable.

Dios es el grande obrero; él hizo las cosas, no con sus dedos, mas con su virtud.

La escuela debe entender esto y sernos leal y profunda en su servicio. Alguien decía que él deseaba que las casas fueran algo sagrado.

Eso decimos nosotros ahora: que la escuela sea realmente algo sagrado, y cuando el hijo del obrero entra por sus anchas puertas y éstas se cierran tras de sí, algo terrible y magnífico le sorprenda que ponga en él la conciencia de que el primer edificio que él debe construir es su propio edificio moral: lo demás es secundario, lo demás le viene como por agregado.

Conozco todos los ideales de ustedes: como conozco la mayor parte de sus congojas: hasta creo que todos aspiran al poder político y que les satisface especialmente el sistema electoral del sufragio directo. Nada de esto me sorprende, porque es propio del hombre, cuando no sabe hacia dónde va, ni ha logrado precisar sus verdaderos deseos, andar vacilante sobre la tierra, oteando el silencioso horizonte. Unos están en las Universidades, mientras nosotros hacemos ladrillo, decís con queja. ¿Para qué turbarse el ánimo? Leed el *Fausto* de Goethe y el *Hamlet* de Shakespeare y la historia de las naciones y os convenceréis que todo es corazón enfermo y carne doliente, como dice el profeta, porque los que están en las Universidades también se quejan. Todos se quejan.

Amigos obreros: el mundo necesita de Uds.,

yo no lo niego: pero el mundo necesita de héroes, de hombres buenos: mi ideal imperativo, es el del hombre de bien. Figuraos que en esta tragedia a que los hados someten al mundo actualmente, Dios dijera:—«¡Hombres, sed buenos!» El mundo se transformaría de pronto: donde los hombres han puesto su odio, nacerían lirios, y la sangre que ha manchado la tierra sería lavada por el agua limpia de las montañas. ¿Qué problemas de angustia quedarían aún planteados? ¿Quién pensaría en el aumento de los salarios, quién en la reglamentación de las horas de trabajo, quién en la ignorancia del obrero?

Pues no pensemos que esto es imposible y que eternamente viviremos enredados en nuestras discordias. Dios está dentro de nosotros. Hagamos la obra de descubrirle, vivamos en su espíritu: que nuestra conciencia sea su conciencia y nuestra vida su vida. Eso nos salvará a todos y nos dará un interés común: nos hará obreros de una sola obra de arte y nos unirá en lo diverso de nuestras aptitudes, pero entonces nuestros oficios no serán los dueños de nuestro destino. Nuestras acciones, por humildes que sean, serán capaces de promover

sentimientos de justicia y de generoso estímulo, como el presente: las acciones del hombre participan del espíritu de justicia que alienta las acciones de Dios.

Venid a menudo a esta casa: haced aquí vuestras fiestas, buscad aquí vuestras lecciones: al lado de la música aquí hemos puesto un torno y una sierra; al lado de Gœthe aquí tenemos un laboratorio: queremos completar la lira del hombre: deseamos que vuestros hijos conozcan su destino en su integridad: el hombre es una piedra de muchas aristas.

¿Conocéis las manos de mármol de Rodin? Dice él que son las manos de Dios: de ellas van surgiendo lentamente los orbes; de una resulta el hombre con su carga de pasión. El artista os da un símbolo: pone lo divino en la mano creadora. Es justo también que nosotros demos a nuestras manos el divino sentido que tienen, no sólo a nuestras manos, mas a la vitalidad de nuestra vida.

Me parece que todo esto que os he dicho hoy estaba en el sordo rumor de las sierras de mi padre y lo he descifrado esta noche, iluminando mi entendimiento con la luz de la medalla con que habéis honrado a ese hombre.

Víctor Hugo

Esta noche les hablé de Víctor Hugo. Los muchachos de la Escuela pudieron ver un retrato del gran viejo puesto en el escenario. Yo les dije más o menos estas cosas:

VÍCTOR Hugo es un símbolo de valor, lo que había también en los profetas hebreos. Su grande alma y hasta su vigorosa naturaleza fueron hechas para el ejercicio de la valentía. Vida de combate perenne contra todo el mal de la vida; con su lanza andaba removiendo la costra ancestral de iniquidades que pesa sobre el mundo y le hace sentirse caduco y desgraciado. Era un libertador de la tierra, un libertador feroz, porque la punta de su lanza era un carbón encendido. Era fuerte, era ancho, era como lo ha representado Rodin:

daba la idea de algo informe surgiendo del caos. Cada hombre tiene su sentido: los unos son industria, los otros, ciencia; aquellos, arte; los de más allá, filosofía; éstos, poder y varios, tragedia. Los hombres son constelaciones y cada uno de ellos con su luz propia.

Víctor Hugo es indignación. Cuando él vino al mundo, llamado por el mundo que daba gritos hacia el infinito, padre de los hombres, un pasado oscuro, algo que tenía las enormes alas negras de la Edad Media, llenaba de angustia a la humanidad naciente del siglo XIX. El edificio crugía, es verdad. Crugía todo aquello hecho de injusticia, de inhumanidad, de cobardía: reyes insolentes, dolor de esclavos, orgullo de cortesanos, hambre y vicios y todo sin luz. La Revolución francesa, queriendo salvar a Europa había arrojado un poco de sangre sobre el horror de tinieblas como una alba roja, pero la triste inclinación de la sociedad a la pompa del monarca y a la bajeza del súbdito, aún jadeaba deseosa de conservar su trono.

Víctor Hugo abre las puertas de bronce del siglo. «Armado con un escudo hecho todo de rayos», para usar su propia expresión, y él,

con su arpa, vino a poner orden entre los hombres enloquecidos por su enfermedad y por los tormentos de ideal y de gloria que les agitaban secretamente.

È hizo las cosas, no con espada. Al que le había tocado la espada, ahora miraba, vencido, desde una roca del distante mar africano, el indeciso horizonte en el cual, como inmensas sombras, se veían pasar las inquietudes terrestres en reclamo de una voluntad que les diera gobierno, no de déspota sino de libertad.

La espada había sido inútil. Y los soldados y los ciudadanos por un instante ilusionados con el resplandor del acero, habían caído otra vez en la desesperación de los largos días sombríos de esclavitud.

Èsto era como una proyección de las edades. También el bravo Julio había querido arreglar el eterno negocio de los hombres, diez y nueve siglos antes, con la furia del gladius romano, pero nada hizo él con el tumulto de sus batallas ni la embriaguez de sus vanos triunfos. Otra femenil figura, de lánguidos ojos, de manos temblantes como alas, Jesús, Jesús, fué el que dijo la palabra salvadora: «Yo he venido a vencer el mundo». El mundo fué

dominado con la seda y el encanto de los dulces versos evangélicos, confortantes como el bálsamo del buen samaritano.

Jóvenes, son los poetas los que gobiernan y le dan salud a la tierra. Es la poesía la que dignifica la vida, le da sentido al hombre, distribuye honradamente la justicia y nos inicia en los misterios del ensueño.

Este es otro poeta: baja por los rayos de la luna de la eterna poesía, con la frente cubierta de polvo estelar y en el pecho robusto, la harmónica inquietud del universo. Trae una lira de siete cuerdas y viento de furia agita su túnica de profeta.

¿Qué viene a hacer este hombre con sus legiones de cantos en un mundo de dolor y de sangre? Coronado de rosas como un mancebo griego, o como Ofelia, ¿cuál puede ser el valor de este heroico guerrero?

¿Habéis leído sus «Miserables»? Dicen que es un poema épico, pero allí lo que hay es lo humano. La fábula de los primitivos cantos ha sido suprimida. Las gentes que figuran en el poema pasan a nuestro lado, uno siente el calor de su sangre, uno ve sus ojos preñados de enigma. Lo extraordinario, lo sobrenatural

va en el corazón de ellos rigiendo su suerte con un silencio espantoso pero con designios inalterables. Hay hermosos tipos de la humanidad, hay almas de una blancura celestial; de aquella turba muda de instintos, surgen seres bondadosos de misericordia, de casi impalpable belleza. Hay tipos helados como el acero de un puñal y feos como una pesadilla. Juan Valjean, que es como el centro de este sistema planetario, es de una divina majestad varonil, grande y fuerte. Sale como de una tienda homérica, resplandeciente, pero con una mirada dominante y aterradora. Cosette, a su lado, es como una flor en sus manos. Esta pobre niña enfermiza y sencilla, débil y entristecida, es la razón de ser de este valiente, que le consagra su fortaleza y su ira y su audacia, como si la gloria de la vida estuviera toda ella en la humildad de sus ojos.

Juan Valjean es un gladiador del tiempo. La vieja sociedad oscura es enemiga de Cosette, que es la luz de la humanidad. Juan, el profeta evangélico, redime a Cosette hasta ponerla en brazos de un amor sin mancha.

Víctor Hugo es a su vez, como el Juan Valjean del siglo. Cuántas luchas libradas,

cuántas sombras perseguidas, reyes que ha puesto en vergüenza, instituciones que ha sacudido con las trompetas bíblicas. Ha venido como soberano juez y sus sentencias son de una justicia legítima: con el mal, ninguna piedad: con el bien, misericordia. Fijaos como en toda su literatura no se le hacen concesiones al vicio: posee el sentido de la sabiduría antigua, que era implacable en perseguir el error hasta en los recónditos pliegues del alma del hombre. Pero lo que estaba sentado dentro de sí era la poesía. Su Cosette de ojos pensativos y de amable frente, era la musa de sus cantos, de «bianco vestita».

Preguntad ahora cómo fué que vuestro protector de esta noche, cuyo genio paternal os asiste, ha podido librar sus hazañas: en dónde está su escudo y su espada, en dónde su corcel de batalla y su yelmo glorioso. Sus hombres de guerra están en su pensamiento y salen de su frente como los centauros de la leyenda. Creador de ideas es todo él: casi un siglo de vida empleado serenamente en agitar el mundo de las ideas: una parte de la humanidad se había quedado sin ideas, él harta de ideas la conciencia humana y le da espíritu al tiempo.

Es un pensador: está sentado sobre una piedra miliaria, esculcando con su mirada, silenciosa y tranquilamente, el infinito. Pregunta al infinito sobre el destino de su mundo.

Entremos, jóvenes, en el secreto de la vida de este cíclope rugiente como el mar, rugiente sobre una roca del mar. Su consigna es justicia, es ira de Dios, es valor para el bien, un poco de martirio, y la expresión de todo, arte. Sus versos no son montones de hojas de otoño arremolinadas por el viento. Sus versos son proféticos y edificantes, como palabras sagradas; al menos él nos enseña que la poesía es un digno oficio humano, cuando se pone a servicio de los intereses heroicos de la vida.

Nos es grato veros honrando con poesía y cantos y flores, el espíritu de Víctor Hugo. De esta Escuela os iréis para siempre cualquier día, olvidaréis muchas de vuestras lecciones, las fórmulas matemáticas y las químicas se dislocarán por el olvido de algún factor, pero todo lo que hagáis por dignificar vuestra vida, no será vano y pasajero empeño, menos cuando se ha evocado, como testimonio de ello, la sombra majestuosa de uno de los que han renovado el espíritu de la Tierra.

La vejez

Aproveché la oportunidad para decir algo de la vejez. Se festejaba a un viejo profesor de inglés, muy humano, pero de índole amable. Eran los más chiquillos de la Escuela los de la fiesta, pero yo me dirigía a todos, a todos los buenos que siempre querían oírnos.

LOS alumnos de los primeros años van a rendir un homenaje a su profesor de inglés. Yo soy amigo de él; he sido invitado, además, para decir algunas palabras y no sabría como negarme: la alegría de ellos y la del anciano profesor la siento dentro de mí floreciendo. Este hombre, como todo hombre, nos ha enseñado alguna cosa; en su vida hay dolor y si se quiere, hasta tragedia. Hace ya algu-

nos años enseña inglés y vive en la compañía de los jóvenes. Cuando se ha gozado y se ha sufrido, no es inútil buscar a los jóvenes que ni han sufrido ni han gozado; esto establece una cierta compensación equilibradora para el alma. Un espectáculo semejante es aleccionador, sin duda.

Es de los que creen que cumple su deber, quiere a sus alumnos, trabaja devotamente con ellos. Ahora ellos le están pagando con moneda de justicia.

Pero resulta una doble lección de este suceso: a la vejez hay que traerla con cierto cuidado hacia el fin, no como una forma de decadencia de fuerzas, sino como algo que revele en el crepúsculo de la vida lo que hay de superior en el hombre.

La vejez debe ser aquí el remate de una vida a la cual pueda dársele el título de heroica, porque se la ha alimentado con virtuosos hechos, porque se la ha puesto al servicio de un interés humano excelente. Llegar a ella de pie y no arrastrándose, sirviendo de apoyo a otros, a quienes les faltó el corazón y no sirviéndose del apoyo de otros, porque no tuvimos fuerza para sostener el alma.

Muchas de las más bellas existencias que han enorgullecido la raza de los hombres, vienen envueltas, ante nuestros ojos, en la túnica alba de una vejez limpia. Y los pueblos que en la antigüedad tuvieron revelación del sentido de la vida, repartieron sus aclamaciones entre el joven discreto de bello busto y el anciano que dió, en su cuerpo, asiento digno a la sabiduría que nace de la madurez del tiempo.

Hay por allí un dístico griego que dice cómo a los dioses place la muerte de los jóvenes. Yo creo que esto no es sino un verso afortunado de Menandro. Si es un divino tesoro el de la juventud, pero tengo entendido también que a los dioses les complace mejor cuando llega a su imperio un anciano como Homero o como Goethe o como Walt Withman o como Tolstoy, a quienes se ha dado el misterio de la eterna juventud, que han vivido sus vidas, a veces horrendas, pero al cabo han tenido piedad de ellas y las han alzado del fango hacia la eterna e inalterable Luz de Dios. Un joven no es otra cosa que una posibilidad. ¿De qué? Acaso de irredimible ignominia.

Miguel Angel había alcanzado los noventa años cuando le abrieron las puertas de los

cielos. Y cuenta el General Farnesio que un día le encontró paseando por el Coliseo y como le manifestará su sorpresa por encontrarle solo entre las ruinas, el escultor le replicó: «Yo vengo todavía a la escuela para continuar mis estudios».

Parece así ser la vejez de este hombre el digno capitel de la vida, de una gran vida de dolor terrestre y de divina actividad—levantado sobre columnas del más limpio mármol.

Uno de sus últimos dibujos simboliza la ancianidad ilustre, serena y fecunda como la quería otro escultor de su destino, Renán. Es un viejo de una larga barba, en una carretilla, con una clepsidra al lado y al pie esta leyenda: «Ancora imparo». Todavía trabajo o aprendo.

La verdad es que hay que entregar el oficio de la vida de la mejor manera posible, para hacerse acreedor a otros mejores oficios en el mundo hacia donde nos lleva la muerte.

Demos gracias a este hombre y bendigamos este momento, porque a unos han concedido expresar sus sentimientos de justicia y a otros han permitido el deleite de nobles recuerdos.

Colón

Con motivo de una fiesta organizada para celebrar el aniversario del descubrimiento de América, se dijeron estas palabras:

No admiramos en Colón el hecho de haberse connaturalizado con el propósito de descubrir un mundo, ni su entusiasmo viril ante empresa tan misteriosa, ni aun la voluntad resistente de su alma. Muchas cosas no se realizan porque no se ha formado el hombre que les dé cumplimiento, pero no por ello el mundo oculta por siempre sus intereses: algún día viene el hombre del caso. El descubrimiento de América es para nosotros una de las más grandes hazañas de la tierra y el que la llevó a término, un varón excelso, con el honor además, del martirio. Sin embargo, Colón no

fué más que un elegido; antes de él creo que hubo otros, después de él, la América habría continuado llamando a su caballero. En aquel tiempo esta era la costumbre.

Colón acudió pronto al llamado de la voz recóndita de la tierra o del mar y es por esta comprensión del destino y por la prontitud en aplicar sus fuerzas a la ejecución del mismo, por lo que será siempre uno de los héroes del espíritu humano. Los hechos no son en la historia el todo, sino el sentido con que ellos se amontonan delante de nosotros: los hechos nos mueven, nos sacuden, nos despiertan. Bienaventurado aquel que despierta a la evocación de los hechos que vienen con el deseo de interesarle en una magna obra de espíritu, en la magna obra de darle actividad fecunda y verdadera al espíritu.

La vida de Colón es conmovedora: hizo de mendigo, hizo de loco, hizo de humilde y aun de cortesano, le insultaron los canallas, le pusieron grillos los malvados: pero ¡qué hermoso espectáculo el que nos ofrece él con la mitad de un mundo sobre sus manos, un mundo nuevo ofreciéndoselo al viejo mundo para la renovación de éste!

En este hombre lo que conviene considerar es aquello que habla en él o que se manifiesta en él como voluntad.

¿Acaso solamente éste pudo descubrir el Continente? ¿Acaso sólo uno pudo formular la ley de la gravedad? ¿Acaso sólo Kepler pudo leer arriba las tres leyes del mundo? ¿Quién fué el que nos dió a conocer el principio de la armonía musical, y el secreto del mármol? Las cosas hacen a sus hombres, y el seno del tiempo es inagotable en voluntades oportunas y eficaces y si no hoy, mañana alguien viene a darle forma a los supremos oficios de la vida. Todo está en la eternidad, todo tiene allí su fórmula y su ley, y todo se manifiesta cuando es oportuno y necesario. Ese mismo fenómeno sucede en nosotros: nuestra mente está llena de ideas; de pronto ellas se nos hacen sentir, acaso de un modo informe; más tarde es en detalles claros y al fin, en su hermosura y radiante grandeza. Y estas ideas no se pierden en el torbellino de nuestras ordinarias preocupaciones; sólo que falta la palabra, el cincel o el arco que las traiga a la presencia de nuestros ojos y de nuestra alma. Dentro del sistema de sufragio de la Providencia, nosotros,

cada uno de nosotros, es elegible; alguien habla de la ciudadanía del universo, y esa ciudadanía es democrática. ¡Pero ay de los que no están preparados o se retardan o se niegan a los encargos de su soberano elector! Dentro de vosotros está el universo; allí hay continentes de divinas palabras, formas completas de civilización, cantos y estatuas, instituciones y trabajo. ¿Qué esperáis para entrar en el vasto mundo propio y para recoger algunos de los hondos gritos que allí resuenan reclamando el corazón, el brazo o la inteligencia de un valiente?

He aquí, pues, al marino acercándose a esta cosa extraordinaria que es América: creciendo uno y otro por mutua influencia, el continente por la sombra protectora que le presta el genio y el hombre por la fuerza que le infunde la conciencia de la tierra, que es un reflejo de la conciencia del universo, que es a su vez Dios.

La tierra en que nosotros estamos ahora es esa América: cada una de sus partículas parece animada por el calor de sus manos, cada una de sus fuerzas naturales, enardecida por las fuerzas personales del descubridor; en su espíritu hay a veces la misma vehemencia y

locura de éste y ella, en los signos de su majestad, proclama la magnitud del hombre que le dió sentido, y que fué un soñador, un varón de Europa deseoso de algo nuevo, embriagado de visiones fantásticas y sobre todo, ambicioso de darle a la humanidad un nuevo escenario para nuevas formas de vida. Esto conviene meditarlo, a nosotros, sobre todo, los hombres de América, porque creo que no hemos venido aquí por simple necesidad; no nace el hombre arbitrariamente sobre cualquier fragmento de la tierra: vivimos de ella o aprendemos de su virtud a vivir.

¿Para qué estamos en América? Equivale tanto como hacer una pregunta que se refiera directamente a nuestro destino individual, y en todo caso debemos estar para algo eminentemente serio y aun profundo. Aquí se han realizado hechos memorables, aquí ha habido vidas insignes de hombres, aquí se han proclamado doctrinas saludables: leyenda, poesía y martirio, de todo hay aquí y particularmente impaciencia por transformar las viejas civilizaciones en algo que le sirva a la humanidad del porvenir: todo aquí está en hervidero de novedad: una institución dura apenas un

instante, una filosofía sustituye fácilmente a otra, un ideal fatiga pronto y cede el lugar a otro más atrevido, aquí todo se hace prematuramente viejo; quién sabe si es que lo eterno o al menos lo perdurable, se revela en esta forma de febril delirio. Su porvenir está repleto de promesas; es como un enigma no descifrado, como un bloque de mármol del cual un maestro futuro va a hacer la estatua de un Dios desconocido.

Vinculémonos a ella, no por mero instinto, sino con cierta religiosidad, para penetrar sus esenciales virtudes o para conocer mejor las nuestras: hijos de la tierra somos y sujetos a sus mismos hados. Obreros de América, es nuestro título, con derecho para aspirar al de ser sus héroes: conservemos el privilegio de hacer su belleza, sus libros sagrados, sus templos, sus epopeyas y sus verdaderas instituciones. En una palabra, hagamos expresiva su hermosura y en las horas decisivas, seamos nosotros los que defendamos la integridad de su espíritu y la luz de su nombre.

La América se remueve, medita en sus desastres, concentra sus energías, piensa, produce ideas, se harta de anhelos, sueña y por

donde quiere promueve actividades cuyo sentido es honor y justicia y porvenir.

Ella está en nuestras manos como la arcilla del escultor y en nuestra alma, como la luz de un día naciente.

Hagamos plástico el sueño de Colón: él vió en su mente un mundo misterioso; él se aventuró a buscarlo y puso su planta en las arenas de nuestro continente. Hagamos que sea verdad su sueño de un mundo misterioso, pero como asiento de las más nobles ideas de la tierra y de las más elevadas aspiraciones del hombre.



De Atenas y de la filosofía

La Escuela Normal estimulaba en los alumnos el culto por los grandes hombres. Había una sala de Pitágoras, había otra de Platón, había una de Reclus y una consagrada a Bolívar. Dentro de esta tendencia, provocadora de devociones insignes, léi algunas de las ideas aquí presentes.

SUPONGO que esta época es propicia para hacer bellas reminiscencias de un hombre de la antigüedad, de una encantadora ciudad de la vieja sabiduría y de lo que uno y otra representan en el mundo de las ideas.

Siempre el mundo de las ideas.

El hombre pertenece a la legión de los que representan en la tierra el tipo eximio de la Humanidad, su título de hombre lo lleva con orgullo; fué un sabio como entonces se entendía este negocio, oceánico le ha apellidado alguien por lo que sabía; sus contemporáneos le suponían de origen semidivino, y habló en un claro lenguaje, de modo que hoy se le lee con el mismo gusto con que le leyeron los jóvenes de su ciudad.

Platón es una de esas mentes que nos interesa de tal manera que se le llega a reverenciar fácilmente; lo que dice exalta y enorgullece y de ahí que no se le quiera confundir con los demás hombres. Siempre se le ha puesto aparte, sino entre los semidioses, como los admiradores de su tiempo, al menos en un lugar, el que es propio del genio y de la fuerza de la virtud.

Aun su mismo elogio no corresponde a todos hacerlo. Cuando uno lee en Emerson las solemnes palabras con que él hace el de la heroicidad platónica, hay que reconocer que se le concedió el privilegio de descubrir al espíritu de su época la recóndita majestad del filósofo de Grecia: quizá ningún otro habría

dicho en forma tan justa lo que es necesario revelar a los hombres o lo que hay de durable y aleccionador en aquella vasta naturaleza varonil. No creo que comprendáis fácilmente esto porque los jóvenes son audaces y como en un brioso corcel árabe, recorren la amplia tierra con gesto conquistador; no les atemorizan los misterios, penetran los secretos del mundo y aun los cielos no están vedados a su reclamo y escrutación: a veces destruyen con su mente o en su mente a las divinidades. Pero hay grandes hombres a los cuales sólo se llega con magnificencia de espíritu.

Platón es algo más que un simple hombre, es un vasto santuario de iniciación: él nos inicia en la apreciación de muchos tesoros ocultos de la vida, nos enseña a juzgar con juicio sereno y nos da oráculos elocuentes.

Afecto a los jóvenes ilustres, como su gran maestro, se rodeó de ellos, escogiendo los mejores para el culto de la filosofía. Entonces la filosofía era una gracia de la juventud y constituía una forma natural y propia de la cultura del hombre. No había perdido sus encantos, ni se había convertido en un juego caprichoso de palabras sin sentido. Se la

enseñaba con elegancia, se la amaba como a su hermana la poesía y se la aprovechaba en servicio de una vida sedienta de nobles rasgos, de rectitud y de pureza, y ambiciosa de realizar hazañas insignes. No se había degradado hasta la hipocresía, según el sentir de Quintiliano, uno de los últimos filósofos de la antigüedad.

Lo que la ha hecho odiosa es lo que tiene de pedante y abstruso y ciertos efectos que produce de vacío mental. Antes era un ejercicio sin tormento y gallardo al cual acudían con arrebatadora vehemencia los jóvenes de la antigüedad. En las palestras griegas, después de los ejercicios o mientras unos grupos se entretenían sobre la arena, los otros se agrupaban al pie de las columnas de mármol al rededor de un maestro, siempre elocuentísimo, fuera Pitágoras o Sócrates, y bajo la dirección de éstos adiestraban el espíritu en elegantes actitudes, jugando con las difíciles cuestiones que entonces y ahora, devoran las entrañas del hombre. Sus asuntos eran el Amor, el Deber, las Leyes, la Justicia, los números, los nombres, la elocuencia o la poesía y en vez de descender, alado ahora su espíritu,

subían buscando en lo alto nuevos motivos de conversación y aun iban más allá, hasta el recinto sagrado del Cosmos. No contentos de ello, en su impaciencia, buscaban a Dios en el infinito universo. Y esto se hacía en suaves y cristalinas palabras, las mejores que se han dicho sobre la tierra o por lo menos de las más reveladoras y fecundas de sentido.

Dentro del programa de la vida diaria de un joven—me refiero por supuesto, a los jóvenes distinguidos,— la digresión filosófica constituía un principio de conducta, una actividad ordinaria. Algunos de ellos sacrificaban todas las otras en favor de ésta, pero eran muy pocos los que la pospusieran y menos aún aquellos que se creyesen poder pasar sin ella, y no digamos por un alto propósito de cultura intelectual, siquiera por imitar a los varones ilustres de la ciudad.

El joven filósofo y gallardo, o mejor dicho, el joven fiel a su juventud y devoto de su elevación interna, no se ha conocido mejor fuera de aquella forma definitiva de civilización. Creo que era entonces un excelente tipo social. Nosotros ya no concebimos al filósofo si no es con el rostro severo de la propecta

edad y cuando queremos representar en piedra al pensador, olvidamos hasta la serenidad de los antiguos mármoles y creemos que se comienza a despertar a la vida inquieta de las ideas cuando hemos dejado tras de nosotros las puertas de oro de la juventud. Y nosotros quisiéramos que el símbolo de la filosofía fuera algo semejante al David de Miguel Angel.

Sin embargo, ¿desde cuándo comenzamos a pensar? Nuestra infancia está llena de nuestras ideas y nuestra juventud es un rumor de pensamientos, cuyo eco se hace cada vez más impreciso. Los problemas de la vida, graciosos y terribles, no se le niegan a la contemplación del hombre ni aun en las horas sencillas de su primera edad. La muerte nos sorprende en nuestros juegos y el firmamento es la tienda de nuestras pláticas nocturnas. Cada cosa que pasa por nuestras manos y delante de nuestros ojos lleva en el seno el mismo enigma soberano que se ofrece a las preocupaciones de aquel que se inicia en la filosofía y que se revela con benevolencia al maestro.

Los antepasados, que entendieron de mejor manera las relaciones entre la naturaleza y el niño, fomentaron celosamente este comercio,

adiestrando a los jóvenes en el ejercicio de las ideas. No era una forma del vivir de los viejos, lo de filosofar, sino una bella cualidad del hombre culto, cultivada con precioso esmero. Es de ver a Sócrates, complacido, cuando logra hacer florecer en los labios de un adolescente una pregunta sugestiva y fecunda o una exclamación que revela los asombros del alma delante del poder y de la grandeza de la vida.

Nosotros llegamos tarde a la comprensión de estos misterios, según la queja del filósofo bretón. Nos parece que la filosofía está bien, encerrada en las cátedras universitarias, y si las cuestiones se refieren a Dios, pensamos que solamente en el templo han de discutirse y enseñarse esas cosas sagradas. En la calle, en los jardines públicos, en los corredores de nuestras escuelas, en las estaciones de espera nos repugnaría oír hablar de asuntos filosóficos y más aún si fueran jóvenes aquellos que lo hicieran. Tampoco se habla en esos lugares ni de poesía, ni de pintura, ni de música. Las musas ceden el lugar a los urgentes negocios del día o a los torpes instintos avasalladores de nuestra vida pacífica y libertada—según el

sentir ordinario — de nobles preocupaciones.

A falta de ello, no nos queda otro recurso que la reverencia al grande hombre cuya majestad y gentilísima aplicación de sus fuerzas exalta nuestro orgullo y nos hace sensible el poder y el sentido de nuestra propia y admirable conciencia. Al lado de ellos podemos cruzar la vida sin el temor de sus peligros, pues vamos sobre sus alas poderosas y glorificadoras. Ellos son como las aguas sagradas de los antiguos cultos hacia donde el hombre iba a reclamar la clave de su dignidad varonil, y sus nombres nos abren las puertas del tiempo y nos hacen ver, no el polvo de civilizaciones efímeras, no hazañas de un momento, no el dolor, no la alegría que desaparecen, sino un mundo de ideas permanentes como una eterna luz.

Pero antes de penetrar en el vasto pensamiento que es Platón, detengámonos en lo que era algo así como el lugar de las iniciaciones: Atenas. Platón es Atenas. La ciudad durante siglos se preparó en virtud y en hermosura para dar a luz este grande hijo suyo, el cual le dió un precio definitivo a su nombre, iluminó sus glorias e hizo de ella la ciudad del

hombre de todos los tiempos, por excelencia.

Es Emerson quien nos ha enseñado a relacionar los hombres que él llama representantes de la Humanidad con las ciudades en cuyas sustancias se formaron. Él es quien nos dice, que cuando viajamos—habla del varón ilustre—se busca en la ciudad desconocida a su grande hombre propio o al menos sus obras y aun su humilde casa: «Decís que Inglaterra es práctica, que los alemanes son hospitalarios, que el clima de Valencia es delicioso y que en las montañas del Sacramento hay oro en abundancia para saciar nuestro deseo de poseerlo. Sí, pero yo no viajo por el afán de la vida confortable o de la riqueza o de la hospitalidad o por ver claros cielos o amontonar lingotes de alto valor. Pero si yo encontrara el magneto que me indique precisamente los países y las casas donde habitan las personas intrínsecamente ricas y poderosas, yo vendería todos mis bienes para comprarlo y me pondría hoy mismo en el camino».

Alguna porción de la tierra se ha divinizado al producir ella a un grande hombre y no hay un solo grande hombre a quien no sirva de pedestal alguna piedra de un continente. No

pretendo hablar de las patrias políticas, pero sencillamente quiero decir hoy que el hombre es hijo y profundo de la tierra donde nace. No se concibe a Platón sin Atenas, ni a ésta sin el filósofo. Atenas es ahora como una reina que preside el cortejo de las civilizaciones humanas y el hijo maravilloso, la corona que adorna su blanca y serena frente. No se necesita una idea mejor de la patria ni aun de las nacionalidades. Es motivo de orgullo ser ciudadano de aquellas patrias que dieron un tipo casi perfecto del hombre, de un Dante, de un Schiller, los cuales vinieron a este mundo no simplemente a solazarse en su espectáculo, sino a fortalecerlo y a purificarlo.

Atenas goza del hechizo de su hijo: hay instantes en que al contemplarla cree uno que los siglos están bajo su disciplina, trabajando para su gloria y hermosura y siguen trabajando bajo su protección, por la fuerza de sus ideas. Todo lo bello que hay aquí sobre la tierra es la obra de su simpatía o la expresión de un culto a su grandeza misteriosa y a su poder iniciador. Alguien dice que Italia es la patria de todas las renovaciones de nuestro mundo. Pero Atenas es lo perfecto y no se

llega a sus santuarios sino después de un poco de dolor, de un poco de desesperación, movido el ánimo por la fuerza de una suprema exaltación de las mejores partes de nuestro interior.

Posee para una misión como la suya, las condiciones necesarias para hacer eficaz su obra: una fácil gracia de espíritu que la hace elegir siempre lo más fino, lo más sutil, lo claro, lo sencillo, lo casi verdadero; un entendimiento flexible y poderoso. Por la mente del pueblo ateniense ha discurrido, como uno de los cuatro ríos del mundo, todo el tesoro de la sabiduría humana, y ello no le ha producido vértigo, y finalmente, un lenguaje puro y rico y perfecto, algo así como el lenguaje propio y legítimo del hombre ideal, del hombre verdadero.

Hay en la obra de Renán, «San Pablo», un capítulo que se titula «Pablo en Atenas». Cuando abrí este libro, me creí como milagrosamente puesto en el sendero de la gran ciudad. Renán es un vehemente enamorado de ella. Dice que una de sus más hermosas páginas, él la ha escrito bajo las miradas azules y límpidas de Pallas Athenea, su «Oración del Acrópolis». Renán es también un sensitivo,

que persigue la emoción del lugar histórico. El encanto de muchos de sus libros reside en la delicada y viva impresión que da de las cosas antiguas. En su «Vida de Jesús» uno ve las casitas con jardines de Galilea. Ninguno mejor que él seguramente, para evocar la ciudad de los mármoles. Él ha seguido a Pablo en su vagabundeo apostólico por el mar homérico; él ha buscado en los rincones de la antigua tierra europea de las orillas del mediterráneo asiático, las huellas de los que pasaron un día gloriosamente regando la simiente de la parábola evangélica. Y esta es la primera vez que se ofrece a los ojos del judío feo y pequeño el esplendor de la ciudad griega. Por primera vez el cristianismo militante se pone en contacto con la patria de las ideas universales. Yo imaginaba seguir a Pablo, acaso no con su misma admiración ni su místico arrebató, por las calles de Atenas en una feliz hora contemplativa, deslizando las miradas curiosas a lo largo de las columnas, o de las regias fachadas, mientras grupos de jóvenes, aún bellos, repetían, para ilustrarse en la filosofía y en la elocuencia, algún diálogo del maestro, tal vez el de la poesía, o un trozo del

poema homérico, o las mejores partes de una tragedia de Eurípides.

Era una especie de embriaguez, tal vez de ensueño: estar en Atenas, vivir la pompa de sus antiguos días que dictaron el discurso de Pericles, llenarme de su blancura y del dulzor de sus mieles sagradas. Con una fruición interna comencé a leer: «Pablo, acompañado siempre por sus fieles discípulos de Berea, navegó hacia Atenas. Del fondo del Golfo Thermario hacia Phalera o al Pireo, la vía es de tres o cuatro jornadas de pequeña navegación. Se pasa al pie del Olimpo, de la Ossa, del Pelión; hay que rodear las sinuosidades de la mar que el Eubeo separa del resto del mar Egeo. Luego se franquea el singular estrecho del Euripo. En cada una de las navegaciones hay necesidad de pasar rozando esta tierra verdaderamente santa, en la cual lo perfecto se ha manifestado alguna vez y en donde el Ideal ha existido de un modo efectivo; esta tierra que ha contemplado a la más noble de las razas crear al mismo tiempo el arte, la ciencia, la filosofía, la política.

»Pablo no probó, sin duda, al llegar a ella, esa especie de sentimiento filial que los hom-

bres cultos experimentan, desde luego, al tocar ese suelo venerable.

»Es que él no era el admirador de Atenas; venía a conocerla para combatirla. Su hermosa sencillez era un peligro para las ilusiones complicadas del siriaco fanático. Y así, pues, no con el fervor arrebatado de sus eternos adoradores, propios o extranjeros, mientras llegaban sus compañeros, el judío se entretuvo en recorrer la ciudad en todas direcciones. El Acrópolis, con su infinito número de estatuas, que hacían de él algo así como un museo sin igual en el mundo, debió ser acaso el objeto de sus reflexiones más singulares.

»El vió las únicas cosas perfectas que hayan existido y que no volverán a existir jamás, los Propíleos, esta obra maestra de nobleza artística; el Partenón, que está por encima con toda magnificencia, el templo de la Victoria sin alas, digno de las batallas que santifica, el Erectéon, que es un prodigio de elegancia y delicadeza; las Euphorias, las divinas doncellas, de tan graciosa prestancia; él vió todo esto y sin embargo no se quebrantó su fe. No tuvo vacilaciones. Los prejuicios de judío iconoclasta, insensible a las bellezas plásticas,

le dominaban ciegamente, consideró que estas imágenes incomparables, no eran sino ídolos. Su espíritu—dice su biógrafo—se llenó de amargura cuando vió la ciudad llena de ídolos. Oh! bellas y castas imágenes, verdaderos dioses y verdaderas diosas, temblad. He aquí al que alzaré contra vosotros su martillo. La palabra fatal, ya ha sido pronunciada: sois ídolos; el error de ese pequeño y feo judío será vuestra condena de muerte».

A esta distancia no se puede ver mejor la magnífica ciudad. Otros podrían diseñarnos minuciosamente las calles, los edificios, los jardines, las academias. Pero así como de Platón no nos hacen falta los detalles de su existencia de hombre, pues que para reconocer su grandeza nos bastan sus enormes palabras, para reconocer la suntuosidad de su patria, acaso baste igualmente esta visión de lo que constituía su lujo o mejor aún, el sentido de su eterna belleza.

El ciudadano en la Escuela

Trabajo leído al instalarse la Junta de Amigos de la Escuela Superior de Niñas N^o 3, en San José, el domingo 28 de setiembre de 1919.

EL problema nuestro actual es el de saber cómo hacer del padre de familia o del ciudadano, un colaborador activo e inteligente y devoto en la obra de la escuela pública, al lado del maestro y al lado de las autoridades oficiales.

Esta es una forma de hacerse sentir un principio de política propio de la democracia: la de que el ciudadano gobierne su propia república, no precisamente desde las magistratu-

ras, sino desde el lugar que él ocupe en la sociedad en que vive; es decir, más conciencia en el ciudadano de que él es un factor activo en la vida de su país, y una participación suya más intensa en los intereses sociales de su nación.

La democracia se funda necesariamente en este principio, pero o no lo entiende bien o no lo aplica justamente o por lo menos no prepara a los individuos para el ejercicio racional del mismo o también es porque le da una interpretación estrecha, pues supone realizado el ideal democrático de la intervención del ciudadano en la vida pública, sólo desde el punto de vista del gobierno, esto es, desde el punto de vista del derecho que todos tenemos a formar parte—como empleados—de la máquina oficial. El espíritu de la fórmula indicada es otro, pero con un sentido extenso y humano: es el de hacer del hombre un elemento de la vida social, pero activo, pero constructivo, pero inteligente. Yo insisto en creer que el gobierno popular—el mecanismo oficial—es apenas un hecho de la democracia, pero no es la democracia misma; puede ser un hecho muy importante, mas no es el único.

Cuando en un país el interés nacional lo absorbe una familia o un grupo político, entonces el gobierno es la forma imperativa del Estado, porque el grupo o la familia necesitan gobernar con espíritu de exclusión para conservarse: pero la democracia se ha imaginado para bien de todos y no de unos pocos, y así, resulta que en ella no hay intereses de unos sino de muchos y que no hay un solo ciudadano que pueda sustraerse a la inteligencia de estas cosas y negarse a participar en la obra común de su sociedad. El gobierno del pueblo para el pueblo y por el pueblo, que es la vieja fórmula del Presidente Lincoln, es eso y no la torpe ilusión de hacerle creer a las gentes que tienen derecho de ir a las funciones oficiales y ganar crecidos sueldos en actitud ociosa.

Digámoslo de otra manera: el gobierno es uno de los elementos sociales y su importancia resulta de que tiene funciones definidas y es suyo el espíritu de organización: puede serle atribuida la facultad de organizar las otras instituciones sociales que con él trabajan en el bien público. Y esas instituciones sociales, bajo ciertos aspectos, tienen, si se quiere, un valor más efectivo que el gobierno

mismo. Por ejemplo: la escuela es, en mi concepto, la institución eminente del Estado, la institución orgánica del Estado o en una palabra: la expresión del Estado. El gobierno, en sí mismo, tiene muchas preocupaciones grandes y pequeñas, pero todas ellas transitorias. Mientras que la escuela tiene a su cuidado una preocupación única y preferente: la de constituir el espíritu nacional. Y esta es obra no digamos eterna, pero sí perpetua. El gobierno es un juego de los hombres movidos casi siempre por su egoísmo y así, es hasta un juego de maldad. La escuela es ajena a este mal. Y en su obra, los hombres no pueden poner más que su corazón y su virtud. Las repúblicas progresan efectivamente cuando las escuelas se llenan del espíritu de una civilización generosa y benigna. Y no importa que las repúblicas se desordenen por la acción inicua de los hombres que gobiernan, que si en ella, si en algún rincón oscuro de ella, hay una escuela que trabaje honradamente, un día, tarde o temprano, la escuela salvará a la república por su acción persistente y saludable en la conciencia de la república.

Y es también, por un hecho evidente y

puro: porque la vida de un hombre no tiene más que un sentido supremo: educación. Porque no hay en ella más que un interés cierto, el de su educación; porque todas las cosas que rodean al hombre no le hacen otro servicio que el de invitarle a la revelación solemne de su conciencia: el hombre es un gran mundo oscuro que surge por la fuerza de las ideas a la iluminación de su destino o de sus destinos.

La sociedad es una de tantas oportunidades que se ofrecen al hombre para esta obra magnífica suya de su espíritu. La sociedad no debe concebirse sino como eso para que salga de ella todo el bien posible, para que en ella encuentre el hombre ocasiones fáciles y campo propicio al desarrollo de su grande alma. Esto parece doctrina abstracta, y es, sin embargo, realidad positiva: porque lo único que es cierto es el bien que hacemos con ánimo de justicia o el bien que nos hacemos cuando procuramos el desenvolvimiento de nuestra individualidad para hacer de ella un factor fecundo en el trabajo social.

Por eso, yo sí creo en la democracia, no como simple organización política, sino como una organización ideal de la sociedad; pero es

porque en ella, hay obra de cooperación y de simpatía de todos sus miembros para realizar los fines de la república, y porque en ella el individuo crece con la conciencia de su propia fuerza. De ahí también que la escuela educativa sea la institución natural de la democracia y de ahí, asimismo, el interés presente en el mundo, de reducirle a la escuela su valor puramente oficial para atribuirle un carácter social efectivo, y el de llevar al ciudadano a la escuela para que participe de las preocupaciones de ésta, para que se alimente de su espíritu y para que vea en la escuela algo suyo íntimo de su espíritu.

Esto que va realizando la escuela, será un día hábito en las actividades diversas de la vida nacional: el ciudadano administrará su república por haber llegado a la comprensión cierta de que todo lo de la república es bien de todos y de él mismo. Ahora es el gobierno el que dirige y fomenta las actividades nacionales de un modo exclusivo y de ahí el fracaso de todos sus afanes, esto es: de la ninguna cooperación del individuo en la obra común del Estado; por ejemplo: ningún gobierno resolverá el problema agrícola de la nación por

sí mismo; ningún gobierno logrará impulsar las fuerzas industriales del país con simples formas legislativas; ningún gobierno le dará al trabajador una red de caminos excelente, si para esto y para aquello no encuentra en el ciudadano un elemento de colaboración. Y todos esos problemas a que acabo de referirme son, más que problemas de administración, problemas sociales.

La sociedad es grande obra de hacer el bien a los hombres, y no un bien místico, sino un bien real y humano: de que el trabajador trabaje y aproveche su salario; de que el industrial prospere en su industria; de que el que siembra recoja en paz noble su cosecha; de que el comerciante ejerza sin temores su comercio; de que el intelectual no sufra vergüenza y de que no haya nada de todo aquello que favorece a la humanidad que sea escaso o estéril.

Por eso, mucha escuela, mucha escuela. Y la escuela como una institución social y hasta como un asunto propio del ciudadano. El ciudadano debe comprender que todos los problemas que se propone la escuela, son problemas suyos o de su casa, y debe comprender

algo mejor aún: que los problemas suyos y los de su casa pueden ser llevados a la escuela para su resolución. La escuela debe ser el hogar de la ciudadanía, no una casa de enseñanza para el niño, sino lugar de discusión y de cultura para el padre.

Estas dos preguntas aún no han sido resueltas o al menos contestadas entre nosotros: ¿cómo interviene la escuela en la vida social de la república? y ¿cómo interviene el ciudadano en la obra social de la escuela?

La escuela responde a sus fines altos atrayendo hacia ella todas aquellas cuestiones que la sociedad puede resolver por sí misma y procurándoles una solución práctica. Yo no pienso ni quiero pensar en la escuela, en cuyos bancos humildes, dentro de aulas oscuras y frente a un hombre, escribía mis lecciones de gramática. Yo concibo la escuela como una grande actividad pública, que trabaja eficazmente por el bien público, y que a los intereses sociales les da fuerza y apoyo en la conciencia de los niños y en el espíritu de los hombres. Toda esta República ideal a que nosotros aspiramos, no es un sueño lírico de Platón, es un hecho que guarda el porvenir en

su seno y que lo hará efectivo la escuela labrando en el espíritu nacional.

Yo comprendo que esto implique una revolución total de la naturaleza y de las condiciones de la escuela. Pero el mundo exige nuevas formas para sus nuevas aspiraciones. Hay que partir ante todo del hecho de que la cultura es la sustancia de la democracia y que la ciudadanía es la virtud de la República y de que debe ser fomentada aquélla intensamente y cultivada ésta con devoción profunda.

En cuanto a las relaciones entre el ciudadano y la escuela, la cuestión es fácil formularla en esta forma: la escuela necesita la presencia del ciudadano en ella, de su colaboración mental y activa, y el ciudadano necesita de la escuela, porque ésta es un elemento de la opinión pública y acaso de los mejores, y es o puede llegar a ser, como un lugar de defensa de todo aquello que posee de bueno el país en las horas crueles en que la república ve desintegrarse sus fuerzas morales y perderse sus virtudes. Al ciudadano le conviene saber que la escuela se afirma en la devoción que él sienta por ella, en el respeto que él tenga por ella, en el apoyo que él le preste a

ella, para asegurarse de que la escuela defenderá en sus hijos los intereses justos de la nación. Hay una relación de intereses entre la escuela y el ciudadano, que es, a la larga, un interés común, el del bien público. Al uno le conviene que la escuela sea algo real y fecundo y a la escuela le conviene que el ciudadano también sea algo real y consciente.

La sociedad es un trabajo lento de variado éxito por conquistar virtudes que hagan digna la vida del hombre: los puestos de combate del ciudadano son su hogar, por una parte; el campo donde trabaja, aun el templo donde se purifica, la prensa donde discute, la asamblea pública; pero por encima de todo, la escuela. Es más aún, la sociedad vive bajo la amenaza y la acción de grandes males: de este gran mal político que nos devora, del gran mal de la ignorancia que nos humilla, del gran mal del placer que nos rebaja, del gran mal del egoísmo que nos mata. Para defendernos contra todo esto, el ciudadano se escuda en su hogar noble o en su escuela activa.

Por un mero principio de defensa social la escuela tiene que ser enaltecida y fortalecida por el ciudadano: por lo menos se salva el hijo

y se defiende el porvenir. Por lo menos hay algo que se pone frente a frente del peligro, no con vano alarde, sino por virtud firme y por obra paciente.

Si la escuela no ha llegado a ser esto que anhelamos es por la indiferencia del ciudadano, que la deja trabajar sola y defenderse sola de las fuerzas que la combaten. Y si la escuela aún no puede considerarse como un elemento social sino en una forma muy relativa, es porque el ciudadano no ha llevado a ella sus preocupaciones, ni sus anhelos, ni sus reclamos: porque no ha aprendido a tener fe en la escuela, porque está satisfecho de la obra humilde que ella hace; porque no se ha penetrado de la idea de que la escuela es una fuerza renovadora del espíritu público. Si algo le falta a la escuela no es el arte, ni la ciencia que enseña, todo lo cual puede hacerlo muy bien; es un asiento firme en la voluntad y en la inteligencia del ciudadano.

En la presente hora de desilusión y de temor, no hay más que una cosa que mantiene la esperanza del hombre: la escuela. Y esto es de todo el mundo. Lo que ha venido a constatar la guerra europea es un hecho tremendo:

la gran ignorancia del hombre. Y mientras algunos buscan en el comercio o en la diplomacia la causa interna de esa catástrofe, es posible creer que ella se deba a las tinieblas en que viven las grandes masas del pueblo, y han vuelto los soldados a sus hogares con la preocupación magna de que es imperativo hacer la escuela grande para salvar la sociedad del hombre.

Nosotros mismos desconfiamos de mucho y creemos en poco; pero es necesario tener fe, tener fe en el maestro, tener fe en el niño, tener fe en los ideales y seguir trabajando, seguir trabajando por la salud del hombre, desde aquí de la escuela o desde donde sea posible darle a los hombres una idea y una verdad.

Palabras dichas

en la velada con que la Colonia española de esta ciudad celebró en la noche del 12 de octubre de 1919, la Fiesta de la Raza.

HAY algo de nuevo en el espíritu del mundo que trata como de desenvolver en el hombre un sentimiento más alto de lo que es la humanidad, de lo que es la conciencia de la humanidad; que presenta a las naciones como formas morales de esa humanidad, y que tiende a establecer vínculos más estrechos de cooperación entre ellas para la obra del progreso y de las ideas, para la obra de la vida, y de fijar principios de solidaridad más severos, si se quiere, en lo que respecta a las responsabilidades que el hombre o la sociedad

o las naciones deben aceptar en el bien que dejan de hacer.

Para muchos, acaso para el mayor número, lo que sucede en el mundo—agitado por gran tempestad—es como una liquidación total y trágica de la vida; se entiende que el presente está inseguro y que el porvenir es un montón de sombras. Se ha perdido la fe en las viejas instituciones sobre las cuales se había fundado la sociedad humana, se ha perdido la fe hasta en la civilización, hasta en el trabajo amable de la cultura, y el maravilloso hombre, que Miguel Angel, escultor y pintor y poeta, presentaba en formas grandiosas, gigantescas y épicas, es ahora como un ser miserable, víctima del mal del mundo y una voluntad impotente para realizar los destinos de la tierra. Sin embargo, es bueno, hasta por un mero principio de salud, llevar a nuestra alma o al alma del hombre un poco de generoso y sincero optimismo, es decir: conviene a los intereses de nuestro espíritu creer en el bien, como algo ideal y cierto que nos atrae lejos del dolor de nuestra suerte desconocida, y como algo práctico que nos sirve para dar a nuestra existencia un sentido, que le sirve al

hombre para realizar las aspiraciones íntimas y superiores de su corazón, que le sirve al ciudadano para honrar con virtud a su patria o para trabajar por su grandeza o para defenderla de humillaciones, que le sirve al padre para ennoblecer a sus hijos. Sin un poco de bondad en nuestro vivir, las últimas tragedias de la tierra pueden hacernos desfallecer y precipitarnos hacia una época de tinieblas y de maldad.

Una forma de este bien en grande, es la comprensión justa de los intereses verdaderos de la humanidad, en cuanto al hombre, y una inteligencia más activa y honrada por parte de las naciones para trabajar en la faena sutil y delicada y profunda del espíritu humano.

Una fiesta como la presente no podía tener una significación más gloriosa: los que la han imaginado en todos los países latino-americanos, son previsores y al mismo tiempo, caballeros del ideal—humildes y preclaros—de una raza eminente y bizarra: se ha comprendido que las naciones de un mismo origen no tienen solamente intereses políticos individuales, sino funciones colectivas de un carácter espiritual; que quienes estuvieron juntos alguna vez en

la historia para servir a la civilización o para servir a algunas de las grandes ideas que mueven las fuerzas morales de la vida, una separación por razones transitorias y de circunstancia no implica el rompimiento del espíritu que a ellos ha sido común; que las distancias de la tierra no afectan las relaciones del alma. España está en Europa y nosotros en este continente, pero en lo interno, somos un algo, una sola fuerza grande que trabaja o que tiene su parte de trabajo en el bien activo del mundo. Los prejuicios de raza y los intereses políticos han podido distanciar a España de las naciones organizadas por ella, pero el tiempo mata todos estos móviles precarios, toda esta vegetación momentánea de prevenciones estériles, y de la depuración de los valores sociales e históricos, queda una cosa cierta, palpitante e inatacable: el espíritu. Grecia es hoy apenas un montón de mármoles destrozados que el poeta va a contemplar a la luz de la luna, que hacía florecer de asfodelos los jardines helénicos, o a la luz del sol radiante que se transformaba en las abejas de oro, labradoras inquietas de la miel sagrada o murmuradoras amables de la filosofía antigua, y Grecia

conserva aún su fuerza en donde quiera que haya un corazón excelso. Muchas cosas se han ido perdiendo aquí en la tierra, en el vasto y hondo seno del tiempo, pero hay una cosa que se ha conservado intacta e inviolada y activa, y es la conciencia de esta humanidad en la excelencia de sus energías, aplicadas a la realización y perfeccionamiento del ideal, y en la organización social de los pueblos que se han puesto del lado de esta obra del espíritu.

España es una de estas creaciones vivientes y eternas, que constituyeron y constituyen fuerzas de civilización: ella hizo, de su parte, una curiosa, refinada y sensible cultura y se consagró en hora suprema y necesaria en darle a la vida una expresión superior y divina. Ella estuvo al lado de la libertad cuando el hombre oprimido se lo reclamó, y dió, a su vez, lección perdurable de esta fe—y que se pierde injustamente o desfallece—que ha de tenerse en la libertad como una generosa condición de la conciencia humana para crecer en virtud y fortalecerse en voluntad e iluminarse en pensamiento y no para alimentar apetito insano o pasión inútil. La libertad no es otra cosa que un bien de la tierra. España tuvo go-

bernantes modelos—como los reyes orientales—amigos del saber y del arte y de las hazañas épicas y de la justicia. España formó un grande imperio y sembró en una tierra desconocida y en una raza fuerte y selvática, los gérmenes de una nueva edad, para otros hombres y para mejores tiempos. España ofreció al artista el claro esplendor de los colores de su naturaleza propicia a los delirios del genio y de la fantasía; ofreció al guerrero una lanza honrada; ofreció al poeta motivos inagotables de ingenio para los madrigales sutiles y para la oda robusta, y que han dado origen a un gran teatro, a la lira de Fray Luis de León y al arpa de cuerdas de hierro en que se cantó el poema del Cid. España, sobre todo, ha dado al hombre una sensación extraordinaria del cielo, ha formado en una generación escogida esta alma mística devota, bravía y extática que ha hecho del cristianismo la religión del hombre moderno.

¿Muchos errores? Ya hoy no se habla de los errores. El hombre es hijo del error por naturaleza, pero su corazón es el asiento propio de la virtud, es el trono elevado sobre la tierra para el bien. Lo que caracteriza a España, es,

precisamente, que en una época en que los sentimientos se relajaban y en que los principios directivos de la vida eran fuerza y placer, ella pudiera, a pesar de los tantos errores cometidos, realizar su grande obra de civilización, poblando a América, aun dándole su sangre, sin egoísmo ni orgullo, y trayendo a una raza que vivía en las sombras de una servidumbre infecunda a la contemplación justa de las glorias conquistadas por el hombre y a la aplicación de sus energías en el trabajo común de la cultura humana. A los pueblos como a los hombres no es racional que se les cobren sus pecados. Lo que justo es que se les abone la parte de actividad, de sacrificio, de desinterés que ellos han puesto porque esta tierra sea el asiento del grande hombre del futuro y el de la justicia y el de la libertad.

De aquí nace el interés que estos pueblos tienen en trabajar sobre principios de una cooperación mejor entendida en la obra espiritual que les es propia. España es hoy una fuente de civilización; hacia ella, con el mismo interés que hacia la Italia de los Césares, amadores de cultura o que hacia la Grecia, escuela de todas las bellezas de la vida o hacia

la India, que poseyó los secretos de la suprema iniciación, el mundo ansioso de verdad, de belleza y de salud, va en peregrinación curiosa a rastrear en el polvo de sus antiguas ciudades los restos de una cultura magnífica, las instituciones de sus severos pueblos republicanos, las lecciones de los reyes filósofos, los ensueños del místico, los tesoros de un arte refinado y en fin, el espíritu verdadero e inmortal de un gran pueblo que puso en su hora sobre la frente de sus monarcas una corona universal, que usó majestuoso idioma y honró a un mundo que Dios guardaba en los pliegues de su gran manto tempestuoso.

Nada más oportuno que esta ocasión que se ofrece a los pueblos de América para pensar así sinceramente en la verdad de sus destinos y en la necesidad de realizarlos gallardamente junto con la nación que les dió alma y fuerza y doctrina, y nada más oportuno también que este instante benigno, para elevar una expresión generosa y leal de gratitud, de los hijos a la madre, y hacer promesa de que estos pueblos sean algún día un gran solo pueblo por la comunidad de intereses superiores, que siempre serán los del espíritu, que tengan una

gran causa civilizadora y que participen de las mismas glorias y que un solo salmo sea el suyo. Que en ellos, engrandecidos, ennoblecidos y purificados, la humanidad tenga una expresión vigorosa de sus mejores anhelos y que haya en el mundo una conciencia hispano americana, formada no por el egoísmo ni para el egoísmo, no para batallas inútiles, sino para competencia ilustre y digna, y para ponerla frente a frente de la conciencia de los pueblos preclaros de la tierra. Una conciencia hispano americana para la libertad, para la justicia, para la civilización.

Don Jesús Jiménez

En el cincuentenario de la promulgación del primer Reglamento de Instrucción Primaria, celebrado por la Escuela Normal de Costa Rica el 10 de noviembre de 1919.

Dos objetos tiene la celebración de esta noche: tributar un homenaje sincero a un hombre de la República y dar por constituido en esta ciudad, este organismo social nuevo de la Junta de Amigos de la Escuela.

El hombre es de aquellos que el tiempo justo presenta a la contemplación de los jóvenes revestido por una aura majestuosa de nobleza patricia: es una de estas figuras harmónicas de la vieja edad costarricense, una de esas vidas que en su integridad son como perfectas y en las cuales no hay uno de sus detalles que no

tenga un sello de excelencia. Si no fué en todo *el primero, aunque eso se le podía conceder*, en aquellas cosas en que su ilustre vida se puso de manifiesto, fué unas veces ejemplar y otras, admirable. Tal vez hay pocas existencias como la suya, entre nosotros, edificadas con más esmero y dotadas de mejores gracias: alaban algunos su tradición hidalga, pero basta su vida sin mancilla y varonil y justa para darle nobleza imperecedera y hacerlo digno de reverencia: era bueno, era liberal de espíritu, era civilizador.

Como hombre, sujetó su vida a honrados principios de conducta, como profesional fué eminentemente piadoso y cristiano con el triste y el enfermo, y como gobernante, sirvió a la patria como varón de ley y como caballero que usó del bello nombre de ella para ponerle lema a su escudo. Le dió los prestigios de su vida humilde y se esforzó en vigorizar el espíritu nacional; como gobernante, él será cada vez más, ejemplo activo de una forma de gobernar sin orgullo y sin maldad, más que como otra cosa, como un simple servidor de su república. No llegó al poder atraído por ambición frívola, no se mantuvo en él con locura ni violencia,

no se sirvió de su posición ni para su apetito ni para su vanidad. Todos elogian su pobreza: el dinero de sus conciudadanos no ensució jamás sus manos gentiles. En cambio fué político de tendencias, y en la primera magistratura no se manifestó asombrado de su elevación: vino a ella como hombre de doctrinas, con la conciencia clara de los deberes que iba a cumplir y deseoso de emplear sus energías para bien de sus conciudadanos. Escuelas y caminos fueron los principios directivos de su política gubernamental. Todavía hoy el problema es casi el mismo: escuelas y caminos. Cuando se piensa serenamente en esto, se ve cómo este hombre había sorprendido los dos principios fundamentales de la vida nacional. Un país debe ser necesariamente rico y debe ser necesariamente ilustre. Ambas políticas son imperativas y sus consecuencias resultan de que haya entre ellas dos un perfecto y sabio equilibrio. Tal vez es mala la riqueza para un pueblo ignorante. Pero el pueblo más sabio, en la miseria, no tiene más que un destino: el de la humillación, el de la esclavitud. Es un principio de salud social que el hombre sea rico, o que al menos tenga el sentimiento de la

riqueza y sea siquiera un trabajador. No es la política del dinero propiamente, es la política de la actividad: es que el hombre que no trabaja es la materia fácil de todas las debilidades y a una patria no se la hace fuerte, ni se la hace digna, ni se la hace rica, cuando la mayor parte de sus hijos son más o menos pordioseros y le tienen miedo a la vida porque no encuentran en ellos energías disciplinadas para edificar con una acción generosa sus destinos. La tiranía americana tiene precisamente—como un factor de su origen—esta falta de voluntad en el mayor número para el sacrificio de la labor diaria.

Pero mejor que esto de hacer rica a la nación y activa y laboriosa, es la de hacerla ilustre y la de iluminar su alma. El nombre de Jesús Jiménez es casi simbólico. El puso en la conciencia de este país esto excelente, que es la preocupación por la cultura. El, con los hombres de su época que le comprendieron, definió la más justa y propia política de estas repúblicas: la política de las ideas. Por lo que hoy se le recuerda aquí, es por esto, por lo que hizo como presidente y como ciudadano para promover en su patria las fuerzas educativas, para

despertar en su espíritu la altísima aspiración de hacerse culta. El la dotó de instituciones propicias y a otras les dió modernidad: fundó la Escuela Normal, reorganizó la Universidad de Santo Tomás, y llevó al gobierno la idea de que la enseñanza pública es un negocio superior del Estado. Inició muchos esfuerzos preciosos que si no tuvieron en su época realidad cabal, fué por las condiciones morales de nuestros países y porque en su caso, es posible aplicar aquella irónica observación del poeta inglés, el cual, después de hacer el elogio de un rey que gobernó bondadosamente, según los principios de la justicia y de la libertad, a su muerte, prematura, porque su reinado no comprendió sino tres años, le sucedió un rey muy malo. Pero este será siempre el fenómeno de la sociedad, vivir de estas alternativas de bien y de mal: como la esposa ilustre de Ulises, tejer con las mejores gracias una hermosa civilización perpetuamente, bajo el impulso alentador de una esperanza generosamente acariciada.

Nosotros estamos aquí, cincuenta años después, recogiendo su mismo pensamiento para seguir trabajando dentro de su mismo anhelo, movidos por igual esperanza. Siquiera esto es

bueno, sí; es bueno recoger este entusiasmo y esta fe de los antiguos patricios y recordar con amor sus vidas, vivir su devoción por tener una patria grande y creer en aquellos mismos intereses en que ellos creyeron y que la pueden hacer merecedora del lauro de la justicia, porque obraron en beneficio de la civilización y de la libertad.

El problema es el mismo: organizar en forma de instituciones firmes, la cultura del país, y constituir la escuela como una grande y preferente fuerza social. Es necesario entender esto, porque hay muchas cosas aquí que no pasan de ser simples iniciaciones de propósitos activos. Conviene observar que toda institución pública es un centro de energías que obran en el cumplimiento de sus fines y que mientras éstos no se desarrollen vigorosamente, o las instituciones perecen o su influencia es insensible. Nosotros queremos creer que la escuela es el centro por excelencia de las energías sociales en el país y que hacemos bien en confiar a su acción la obra de construir una patria nueva, la obra de edificar un hombre nuevo, la obra de salir airoso de nuestro presente angustioso y de entrar en el porvenir sin temores.

Lo que actualmente preocupa tanto a los grupos políticos, el fenómeno de la indiferencia en el mayor número por el problema electoral, es apenas un hecho revelador. Es porque el ansia secreta de todos es la de buscar nuevos poderes para reorganizar la sociedad. Y no debemos equivocarnos, estos poderes ya no son los meramente políticos, estos poderes están en el corazón mismo de las grandes sociedades enfermas de idealidad y de porvenir; esos poderes son el trabajo organizado, la industria organizada, la escuela convertida en el sagrado recinto del hombre.

Hay algo más curioso en esto: es la gran preocupación que causa el niño. Estamos—y ahora sí podemos darnos una cierta cuenta de ello—concurriendo a la renovación de la vida, presenciando la iniciación de una nueva forma moral del mundo, sintiendo que nuestro corazón participa imperiosamente en fomentar un nuevo y solemne interés humano: el interés del niño. Alguna vez, como en Grecia, este interés fué el de la belleza y el de la sabiduría. Alguna vez, como en Roma, este interés fué el de las instituciones civiles. Alguna vez, como en Inglaterra, este interés fué el de la

libertad. El Renacimiento es como la edad del hombre, y de ahí la gran tragedia del Dante que exhibe al hombre en sus bajezas horrendas y en sus glorias excelsas; de ahí las figuras de Miguel Angel, que hacen creer en una posible humanidad formada de semidioses: de ahí las mujeres sonrientes de Leonardo, que hacen presentir las sutiles gracias del alma humana. Francia introduce en el acervo de la vida, el interés de la justicia y de la democracia, y el mundo presente, no vencido, no humillado, no triste, se vuelve hacia el niño para seguir labrando con nuevas virtudes esta gran maravilla de la conciencia humana. El niño fué siempre la rosa de la vida, pero hoy su sonrisa y su ternura, son los signos del porvenir. La infancia viene a ser como un nuevo motivo religioso del hombre. Algunos proclamaron a su tiempo la renunciación de todo lo que turba nuestros destinos. Esto es excelente. Mas hoy parece que la lección del Maestro adquiere ya su verdadero sentido: sed como estos pequeños, y la humanidad horrorizada de su pecado, se torna hacia aquellos que llevan en su corazón frágil, la pureza y la verdad del mundo. He aquí la fuerza o la sustancia

de donde saldrán las naciones del futuro, o mejor dicho, la única nación hacia la cual aspira la humanidad, la patria universal, cuyas palpitaciones en el seno del infinito, hicieron vibrar las cuerdas heroicas de la preciosa lira del poeta alemán. Porque la patria será entonces aquel lugar, cualquiera que sea su asiento, en el cual el hombre se sienta hombre y capaz de realizar el mayor bien posible. El niño será el ciudadano del mundo, y el supremo estatuto de la tierra: cultura.

El asunto puede considerarse desde un punto de vista más práctico y más temporáneo. En todo caso, para este país no deja de ser una gran fortuna esta de que el padre y que el ciudadano prefieran esta política de la escuela a las viejas formas de la política común; y que se acepte que la escuela, cualquiera que haya sido su tradición humilde y su posición secundaria, se convierta de pronto en el campo de acción de la República, deseosa ésta de disciplinar sus energías internas para la reparación de sus errores. Y no hay ninguna otra forma posible de reparación que el sentimiento que puede adquirir el hombre de que hay alguna cosa dentro de sí que merece ser conservada y

que debe conservarse: todo cuanto lo glorifique, todo cuanto lo fortalezca, todo cuanto lo perfeccione. Los problemas de la escuela pueden ser, entre otros, los problemas de la vida ordinaria, los de la higiene, los de la alimentación, los de la fortuna individual, los del trabajo, pero me complazco en insistir que hay una serie de problemas primordiales: todos los de un valor moral: la escuela debe darle al hombre un justo concepto de la vida, y hacerle sentir que por su acción y por sus ideas, puede hacerse digno de la vida.

He meditado estas páginas breves en el anhelo de dedicarlas a los padres que tienen el orgullo de sus hijos y a los hijos que tienen fe en sus padres, y pensando siempre en esta patria nuestra, que crece por la fuerza de nuestras esperanzas y de nuestras devociones, que se confía a sus hijos, generosa y amable, y quiere encontrar en ellos, siempre, servidores leales de sus destinos.

Por ella trabajaron honradamente los buenos, por ella sufrieron los valientes, en hermosarla se empeñaron los que la amaron, en hacerla fuerte y sabia los que la querían digna. Le dieron unos brillantéz a su nombre, le die-

ron otros orgullo, la dotaron aquéllos de instituciones que la hacían justa, de leyes que la constituían en asilo sagrado del hombre libre; promovieron los más sus fuerzas para hacerla rica y feliz, pusieron delante de su seno escudo de libertad para darle sentido de nación preclara; el padre formó en ella hogar limpio y de ejemplo, el joven le tributó sus gracias y nadie la quiso vil, ni triste, ni oscura.

Esté presente su espíritu en nuestro ánimo hoy y siempre que consagremos a ella nuestro pensamiento, porque en todo este afán que nos agita hay un propósito definitivo y supremo: el de tener patria, cuando vinculamos a esta enigmática palabra, el cumplimiento de los más nobles intereses de la vida, por el ejercicio de nuestras virtudes y por la aplicación de nuestras más preciosas fuerzas espirituales.

Don Juan Rudín

*Exhortación leída en la Escuela JUAN RUDÍN,
al colocarse en su Salón de Actos el retrato
del venerable maestro.*

LA Junta de Educación de esta ciudad, por mi medio, se une al homenaje que esta Escuela tributa en estos momentos al profesor don Juan Rudín.

En cuanto a la Escuela y en cuanto al profesor Rudín nada más justo que este acto. Ella, por su parte, sirve a las preocupaciones de la hora presente en el afán de enaltecer la figura del maestro de escuela: el maestro de escuela es el tipo del ciudadano o al menos debe aspirar a serlo, de una sociedad formada para la realización de fines humanos superiores. La sociedad vive de tormentos, de angus-

tias, de pasiones y de dolor infecundo; el maestro de escuela debe prepararla para que participe de las bellezas de la vida, para atender a los intereses altos de la vida, para cultivar en el hombre los instintos que le hagan un obrero majestuoso de su propia alma.

El maestro, si lo quiere, es el más virtuoso de los que trabajan en la República, porque el objeto de su actividad es el bien. Si aún posee ideales la humanidad y los posee efectivamente, todos ellos alcanzarán su fórmula definitiva y práctica en la escuela, en la inspiración y en la actividad del maestro. Esa Liga de las Naciones, por ejemplo, cuyos principios son excelentes, ¿por qué razón ha de ser algo que salga mal tramado de Gabinetes de Gobierno, de las Cámaras diplomáticas, de los Congresos en donde se amontona la ignorancia y la mala fe? Si efectivamente es una aspiración de la paz del mundo, son las clases docentes y pacíficas del mundo las que deben darle efectividad, luchando por ella ante la conciencia de los hombres justos y poniendo de su lado las fuerzas morales de la tierra. Los problemas obreros, que los manosea imprudentemente el agitador político en la calle y por ambición

torpe, deben ser resueltos aquí en la escuela y por el maestro, que es a su vez pobre y que también conoce los afanes tristes de la vida. Todo el bien de la tierra ha de ser obra del maestro de escuela, el cual tiene la fortuna de disponer para su insigne tarea, de esta fácil y graciosa materia que es el alma del niño y que la vida la ofrece liberalmente para su propia renovación y perfeccionamiento.

En cuanto al profesor Rudín, él tiene merecido este culto que se consagra a su nombre y a la memoria de sus hechos. Este caballero vino de un lejano y bondadoso país a ejercer oficios preciosos. Unas veces cultivó la tierra, que fué siempre noble devoción del hombre ilustre antiguo; otras veces él le dió maestros a la República, y esto es sacerdocio; y en ocasiones benignas inició a las gentes en la contemplación de los cielos, que era una forma de la vieja sabiduría; y siempre condujo su existencia propia sobre las alas de una alma limpia.

Para todos tiene que ser un estímulo, para los maestros mejor, y para los niños también, esto de hallarse frente a frente de un hombre que ha sabido hacerse merecedor de una vejez pura y venerable.

La vida, amigos míos, no se cansa, antes se rejuvenece, cuando entrega sus disciplinas y sus fuerzas al bien que las solicita, para realizar las obras que exigen sacrificio e imponen el deber de ser piadoso. Porque en final de cuentas, lo que el maestro hace, es obra de piedad, la de salvar al hombre de sus quejas, la de curarle sus enfermedades a la República, la de libertar a la humanidad de sus delirios, para hacer al hombre digno de gloriosa fortuna y a la patria, altísima y a la humanidad, perfecta.

Este país, los hombres de este país, los que tienen a su cuidado los intereses escolares de él, hacen bien en terminar las actividades de este año angustioso, poniendo la corona cívica en la frente de los silenciosos héroes de la escuela.

Palabras dirigidas a los jóvenes de la Escuela Normal ⁽¹⁾

JÓVENES:

HAY muchos títulos con los cuales se les puede honrar a Uds., pero este de jóvenes lo llevan como una luz en el alma y como una corona de laurel en la frente. Es el máspreciado distintivo de sus días presentes. Los semidioses nacían, acaso, de esta época de madurez del hombre, de la espléndida madurez de todas las fuerzas y condiciones nobles del hombre. Hacia ustedes miran los que nacen, con glorioso orgullo, y los que han pasado los términos de la juventud y no supieron conser-

(1) Que iban a ser leídas al inaugurarse el curso lectivo de 1920.

varla, tornan a ustedes su melancólica mirada envidiando lo que perdieron. La vida tiene en ustedes la clave de sus secretos destinos y lo que hay de superior en ella o fuera de ella, no tiene explicación sino delante de un joven. Los cielos eligen sus heraldos entre los jóvenes, porque la juventud es también reveladora de lo que distingue a las cosas divinas, de lo perfecto en belleza y en eternidad. La juventud es la vida misma: la infancia es bella, pero es una simple posibilidad de vivir, y una vejez virtuosa también es agradable, pero no pasa de ser una posibilidad de la muerte y cuando más una compasiva reminiscencia de lo que el hombre deja forzosamente en las manos fugaces del tiempo.

Yo he elegido adrede, esta palabra pristina, para saludarlos: con ella hago el mejor elogio de ustedes y evoco los hados propicios en favor de la patria. Porque precisamente lo que anhela la patria, son jóvenes, para realizar sus presentes esperanzas y para labrar su porvenir.

Jóvenes: los pueblos antiguos que conocían más claramente el arte de vivir o la ciencia de vivir, celebraban, durante las épocas definitivas del año, fiestas simbólicas en honor de las divi-

nidades protectoras de la ciudad. Celebraban las de la primavera ruidosa y graciosamente. No querían ver con indiferencia el trabajo que hace la tierra por renovarse, y se abandonaban a la embriaguez enloquecedora de los días repletos de savia como los vasos de diamantes de un convivio suntuoso. Nosotros nos estamos acostumbrando a vincular al interés de la renovación de las cosas ciertos intereses íntimos nuestros. Es significativo, sin duda, que inauguremos la labor preciosa de las escuelas bajo la protección de la primavera, porque en una y otra cosa hay un común designio: el designio de vivir bajo nuevas normas y de seguir, adelante, heroicamente, en la vida. Importa a todos este instante, pero más a ustedes, porque él tiene un supremo valor de iniciación. Un nuevo año de trabajo espiritual tiene que poseer un alto sentido en el campo de nuestros destinos. Y esto puede formularse en una alentadora expresión, robusta de esperanza perpetua y de eternidad: «Aprender a vivir». En contra de la fórmula mortal: «Vivir por vivir». Yo los llamo a ustedes, urgentemente, a la consideración de estos hechos, porque si cada día de nuestro vivir, porque si cada uno de los minutos de

los días de nuestro vivir, tiene un valor definitivo en nuestra conducta, mayor razón hay para aprovechar con religioso fervor estas horas—como la actual—que marcan severamente los términos de nuestro desenvolvimiento interior. No están caprichosamente reunidos aquí: hay delante de ustedes algo grande, esto grande revestido de justicia, que desde el seno de lo infinito, viene al hombre en propicios momentos para llamarlo a vocaciones o a oficios magníficos. Van a iniciarse en las tareas de un nuevo curso lectivo; pero es preferible a esto, iniciarse en nuevas formas de vivir; en depurar nuestros deseos, para fortalecer nuestras devociones, para aplicar nuestras energías a objetos dignos, para tomar resoluciones vigorosas, para dejar detrás de nosotros todo el mal que venimos haciendo, para poner sobre las fuerzas de nuestro corazón todo el bien que nos es dable hacer, para desvertirnos de nuestra debilidad y querer ser fuertes, de nuestros temores y querer ser valientes; para libertarnos de una pasión torpe, para conquistar una nueva virtud, para ser hombres, para vencer al tiempo y a la muerte. Intensifiquemos, en esta hora, nuestra voluntad de querer

y mantengámonos en este temple durante cada uno de los minutos de nuestros días futuros. Si siendo jóvenes, no se es capaz de adoptar estas decisiones varoniles, ¿por qué habríamos de lamentarnos más tarde, durante la vejez, del peso vergonzoso de nuestras debilidades? En el secreto de este resolverse heroico, está toda la fortuna de nuestra alma: dichoso aquel que en semejante situación dijo: ¡quiero ser estatuario o quiero ser pintor o quiero ser bueno! Y puso en serlo perseverancia y valor y no se amedrentó de las dificultades de la obra y no quiso detenerse a descansar jamás. Esos son los que han vencido al mundo; los dioses se han puesto bajo su soberanía, les han revelado los secretos de la tierra, y ellos han honrado a su raza. ¿Por qué pensar en los grandes hombres? ¿Qué somos cada uno de nosotros y todos sino expresiones del alma humana? pues así como en una gota de agua del mar están concentradas las poderosas energías del mar, asimismo en cada uno de ustedes, jóvenes, están concentradas las virtudes y los instintos del alma del hombre. Quered ser algo y lo seréis, aun lo imposible es ductil bajo el poder de nuestras resoluciones. Por lo

demás, la escuela no es lo definitivo para vosotros, la escuela no es sino una oportunidad de disciplinarnos; una ocasión propicia de redimirse. Solo así, esto que parece tan artificioso, esto que parece tan imperfecto, esto que vive de una constante inquietud de mejorarse, adquiere un sentido real a nuestros ojos. Muchos hombres fuera de la escuela, encontraron los verdaderos caminos de su espíritu. Yo os digo con todo valor que la escuela es nada, cuando en toda su obra, no ha sido capaz de darle a un hombre el secreto de su grandeza verdadera. Quizá la acusación contra ella viene de su impotencia democrática para salvar al hombre. Pero vosotros podéis honrar a vuestra escuela por vuestra disposición íntima de crecer en el espíritu de cultura que ella os ofrece.

Lo que sí interesa es ver con honrado celo qué es aquello que en el fondo nos conviene evidentemente. Hay muchas preocupaciones en la vida que muchas veces bastan a la ambición de un hombre: unas es la riqueza y otras, el saber; muchas, es el mando de una república y otros, los goces pasajeros: aquél se desvela por desarrollar sus empresas; el otro, por vagar

de mar a mar y de mundo a mundo; unos, por amontonar preciosidades; unos, por hacer obras de arte; unos, por predicar cultos religiosos. Mientras no persigan hacer con ello el mal, es interesante el conjunto de estas diversas ocupaciones puestas a servicio de la actividad total de la vida y de la vida de un país; pero a la larga cada una de ellas no absorbe todas las posibilidades de acción del hombre. Hay algo por encima de todas estas cosas, indefinible. Hay algo que es superior a todo esto, que es el negocio de ser bueno. El principio fundamental de la vida, es el bien que los resume a todos; mejor dicho, lo propio de la vida es el bien que ella es capaz de dar de su seno. Es curioso, toda la filosofía de la historia no es sino la declaración de que el dolor del hombre y el desastre de las naciones y el tormento persistente e irredimible de la sociedad, proceden de la aspiración al mal, del desvío del bien, de la triste tarea de hacer sufrir. ¿Qué es el despotismo, sino el mal que triunfa? ¿Qué es la guerra, sino el mal irrefrenable? Estamos ahora presenciando la locura de un gran pueblo, el ruso, el cual ha sido martirizado por el mal. Es horrible la revolución y cruel y sangrienta,

pero el mal no puede producir otra cosa que el mal. Y no hablo del bien en términos místicos y conventuales; hablo del bien como de un principio de conducta práctica que sirve tanto a los hombres como a las naciones. Aún más, hasta de una forma de convencionalismo necesario para el orden de la república y la paz de la conciencia. Cuando se habla de que las escuelas no promueven intereses de espíritu; cuando se dice que su obra es ineficaz porque no provoca ideales, no es necesario ponerse demasiado lejos para comprender lo que esos anhelos justos expresan: para la salud y fortaleza del espíritu humano no hay más que un remedio: la educación del bien. Aquí podemos estar por algo más o menos definido; por satisfacer una ambición más o menos generosa, por realizar un fin práctico. Aquí podemos trabajar también en nuestro beneficio y en beneficio del país, fomentando y disciplinando nuestras fuerzas morales para el ejercicio del bien. La educación primitiva era en esto muy cuidadosa: no ponía al hombre en posesión del saber sino cuando era poderosamente bueno. Jamás abrió los recintos de la sabiduría a los que poseyeran un corazón débil o envilecido.

Y es que esto también define nuestras relaciones con el país; porque la república necesita de hombres buenos. Siempre os he dicho que la república democrática es un régimen de virtud y la experiencia nos indica que ella ha prosperado cuando la rigieron con voluntad generosa hombres de ánimo ajeno al mal. El problema educativo de este país es demasiado sencillo; es el cultivo de las virtudes nacionales, pero algo urgente, pero algo imperioso, pero algo sostenido: no es un abuso del saber, es una promoción inteligente del bien, de la justicia, de la lealtad, de la concepción de un moderado vivir. El saber demasiado es el mal; el abandono del saber es injusto, pero la debilidad de las fuerzas morales es la ruina. Cuando no hay un hombre honrado que defienda a la nación, cuando la patria anda de discordia en discordia porque está entregada en manos de ambiciosos, la suerte está definida. Pero yo confío en los jóvenes, ellos poseen viva en el corazón, la lámpara que ilumina el camino de todos los ideales humanos. Los llamo a la devoción de estas disciplinas, porque creo que eso les favorece y porque creo que de esta manera sirven activa y gentilmente a la república. Yo confío

en que ustedes sean el orgullo de esta nación, que sabrán ofrendarle sus mejores cualidades y que pensando en ella, se iniciarán audaz y heroicamente en una vida nueva, la de un varonil fortalecimiento, la de una aplicación entusiasta de vuestro poder en realizar los destinos propios, la de una consagración sincera al culto de la verdad.

Y no entremos de lleno en nuestro trabajo, sin consagrar un benévolo recuerdo a todos los que en algún tiempo estuvieron en este mismo recinto con nosotros, a los que presiden con su nombre y el brillo de sus prestigios, el trabajo de esta Escuela, a todos aquellos que han concurrido a formar el espíritu de ella, y de cuya fuerza ella vive, y de cuya bondad ella se sustenta y es algo permanente que obra sin vano ruido ni ambición oscura en darle al país maestros, en darle a la patria ciudadanos, en darle al hogar caballeros, y mantengámonos fieles a esta especie de religión que aquí se practica, y por el sentimiento de que esto es algo excelente, propongámonos por designio viril, en hacernos acreedores a uno de esos o a los tres títulos juntos.

Indice

	<u>PAG.</u>
A UNOS OBREROS.....	5
VÍCTOR HUGO.....	14
LA VEJEZ.....	21
COLÓN	25
DE ATENAS Y DE LA FILOSOFÍA.....	32
EL CIUDADANO EN LA ESCUELA	47
PALABRAS DICHAS.....	59
DON JESÚS JIMÉNEZ.....	68
DON JUAN RUDÍN.....	79
PALABRAS DIRIGIDAS A LOS JÓVENES DE LA ESCUELA NORMAL.....	83

